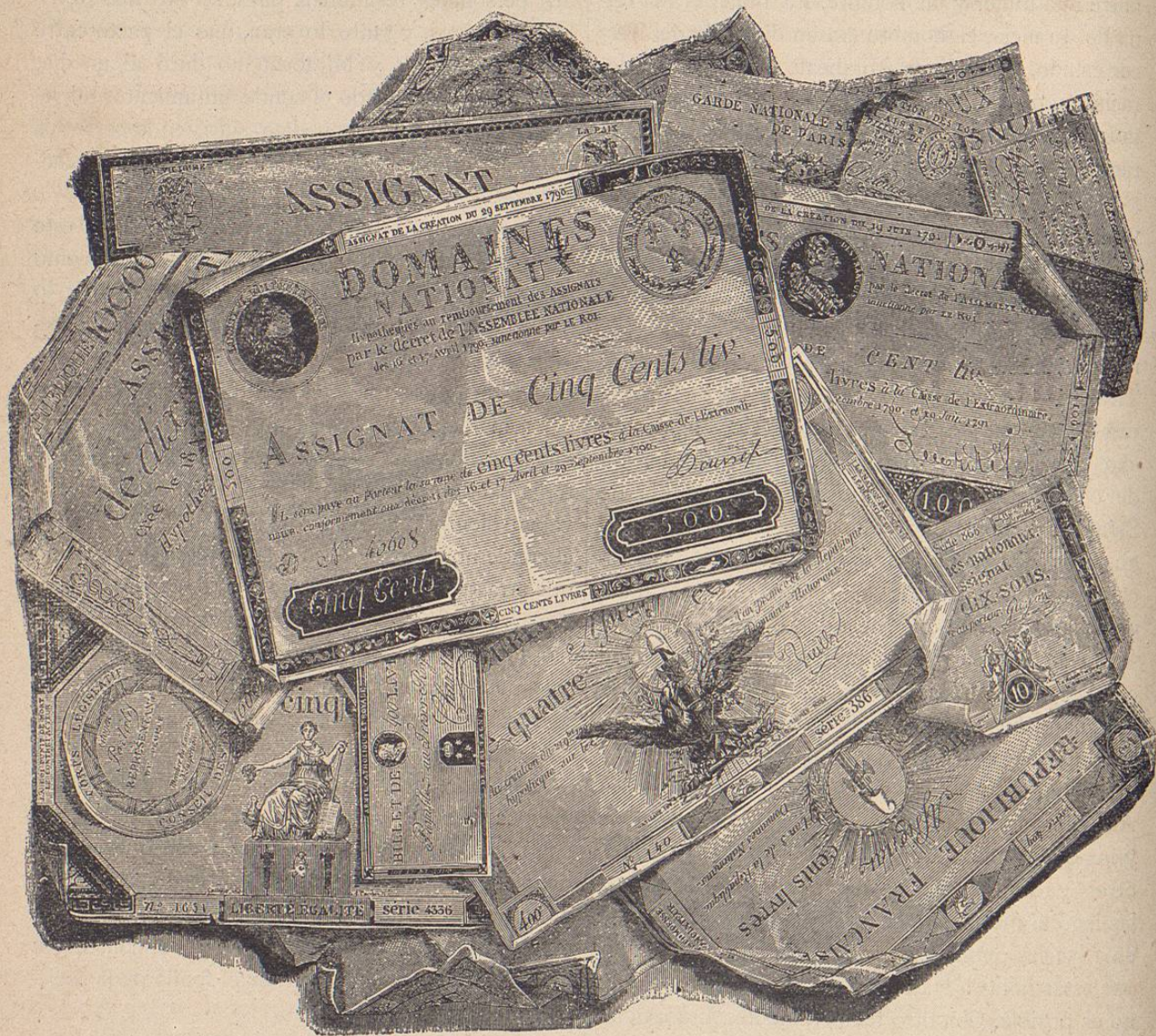


que 15.000 hombres, y no sabemos si por temor, por precaución, ó por asociar realmente al ejército á tan patriótica fiesta uniéndolo á la nación, se dispuso que acudieran también diputaciones del ejército de mar y tierra, y en efecto, acudieron á París, once mil soldados y marineros. Esos 26.000 hom-

bres, naturalmente, tuvieron que dirigirse á pié á la capital y por pequeños grupos los guardias nacionales, y bien se ha de ver la agitación que había de producir su paso por las grandes y pequeñas ciudades del reino, por los pueblos y las aldeas, esa fuerza pública llamada á París para celebrar una fiesta.



Asignados

Fué este viaje, un verdadero viaje de propaganda revolucionaria, y más de un pueblo que hasta entonces se había visto libre de la influencia revolucionaria, ardió de punto al tener que dar hospitalidad á los guardias ó á los soldados que iban á París. ¿Cómo no comprendieron esto los que trabajaban ya para una reacción, y cómo no hicieron todo lo posible para desbaratar un plan que tantos peligros encerraba en su seno? Nosotros hemos de llamar la atención precisamente sobre el hecho de reunirse á la guardia nacional de París, cuyo espíritu ya cono-

ceamos, la multitud armada de Francia, para que no se olvide que en general era la burguesía la que se reunía y federaba, porque para el pueblo, para el bajo pueblo, aún no había llegado la hora de empuñar el fusil, aún no se le creía digno de este honor ni de esta confianza. Por esta razón nadie temía su presencia en la capital de Francia, y la fiesta de la federación fué una fiesta realista, monárquica, con gran enojo de los verdaderos revolucionarios del Palais-Royal, que la habían procurado y calentado con otros fines. No hubo, pues, imprudencia por

parte de Bailly ni de Lafayette y el resultado acredita su conocimiento del estado de los ánimos.

París se dispuso para la fiesta como ella sólo sabe hacerlo en casos tales. Acordóse que fuera el campo de Marte el teatro,—ese campo de Marte que tan grandes fiestas ha visto después,—y ya no se pensó más que en los medios que debían adoptarse para apropiarse aquella vasta llanura á su objeto. Allí cogían perfectamente los 26.000 hombres que iban á jurar la unión de todos los franceses

liberales contra la reacción, pero de lo que se trataba era de disponer sitio conveniente para las miles de miles de personas que debían presenciar la fiesta, así, se acordó convertir aquella llanura en valle, esto es, elevar por sus lados grandes taluces al efecto de ganar la altura necesaria, para que desde ellos, pudiera la multitud presenciar el acto de la jura, construyéndose al efecto en el centro un grande altar ó catafalco.

Necesitábanse para llevar á cabo dicha transforma-



El hambre en París

ción, millares de millares de brazos si se quería estar pronto para el día de la cita y el municipio de París empleó desde luégo quince mil obreros. Esos treinta mil hicieron milagros para transformar el campo de Marte, y siete días antes de la fiesta se reconoció que era imposible estar todo dispuesto para el 14 de Julio. No había más que un remedio á este retraso y era, aumentar las horas de trabajo y esta se propuso á los obreros que en su mayor parte se negaron á trabajar por la noche aún cuando se les ofrecía el correspondiente aumento de jornal. Pronto se hizo esto público y como en ello se viera la mano de la reacción, París entero, el París de los grandes días, corrió al campo de Marte á reemplazar á los que tan poca voluntad demostraban. Véase como la *Gaceta nacional* ó *el Monitor univer-*

sal, da cuenta de este hecho en su número del jueves 8 de Julio de 1790.

«La semana pasada uno de los jefes de taller de los trabajos del campo de Marte, propuso á los obreros que prolongasen su jornal más allá de las siete de la tarde; esos obreros se negaron con malos modos, aún cuando se les propuso al mismo tiempo aumentar el salario. Como importa infinitamente que esos trabajos estén listos á una época fija, ciudadanos de todo estado y de toda edad se han presentado para acelerarlos, y es una cosa verdaderamente admirable el celo con que esos buenos patriotas emplean el azadón, el pico y la carreta. Ayer su nombre era inmenso, y mostraban una viva impaciencia por reemplazar á los asalariados. En el momento en que el cañón sonó para que se retirasen

se oyó un aplauso general. Los ciudadanos se apresuraron en seguida á coger los útiles que á cada uno convenían; y los trabajos se continuaron con tanto ardor como inteligencia; y los espectadores en número de más de cien mil aplaudían su celo. El rumor difundido de que el campo de Marte no estaría pronto para el día indicado excitaba la emulación general. Nada más conmovedor que el celo que animaba á los obreros de la última hora; hoy todos los ciudadanos acuden allí en masa, los niños siguen á sus padres, á sus madres, á sus parientes; aquí una mujer delicada trabaja al lado de un robusto jornalero; allí un guardia nacional cava, mientras otro ciudadano llena la carreta que un eclesiástico lleva á su punto. Los trabajos se han prolongado hasta muy entrada la noche, por medio de luces que los niños sostienen delante de los trabajadores. En medio del movimiento de tanta tierra que ha de formar un anfiteatro al rededor del campo de la federación, todo el mundo va y viene como puede con una alegría increíble y sin que nadie sienta la fatiga. ¡Enemigos de la revolución, de la libertad, de la igualdad, no asistais á este espectáculo, ó mejor, id á ver como el ardimiento del patriotismo aumenta las fuerzas del verdadero ciudadano, y así lo seréis vosotros mismos! Es necesario contener el ardor de los que se presentan para ser empleados y el número es inmenso, la lluvia más abundante no logra interrumpir un momento los trabajos. Los extranjeros se admiran y dicen: ¿Qué nación es esa? ¡Qué energía y qué patriotismo! ¿Es esta la idea que escritos infieles nos dan del pueblo francés?»

El día 10 el movimiento de tierras había terminado y el *Monitor* nos cuenta como habían acudido los pueblos circunvecinos de París con sus alcaldes y curas al frente, como los gremios de París habían también ido á trabajar acompañados de sus músicas, y como los empleados de las oficinas del Estado fueron también á contribuir con su fuerza á que todo estuviera listo para el 14. Y nos dice que los que en grupos organizados acudían al campo de la federación, ora iban llevando un gorro frigio á lo alto de una pica como símbolo de la libertad, ora banderas ó carteles en los que se leían inscripciones como estas: *Vivir libre ó morir. Los esclavos del despotismo están rodeados por los hijos de la libertad*, y que todo el mundo desfilaba cantando la canción popular *ça ira*, que en aquellos momentos resonaba por toda Francia, pues las diputaciones de la guardia nacional lo cantaban en su viaje á la capital, y ese canto como dice Michelet, era para ellos «un viático, un sostén, como las prosas que cantaban

los peregrinos que construyeron revolucionariamente en la Edad media, las catedrales de Chartres y Strasburgo.»

De esta canción que tan popular se hizo, el refrán *ça ira, ça ira, ça ira* se atribuye á Franklin. Como durante la revolución americana se le preguntara por todo el mundo como iba, el sabio americano para no comprometerse contestaba siempre «eso marchará, eso marchará.» Hízose popular esta locución, y al estallar la revolución francesa los patriotas decían como Franklin *ça ira*. El autor de la música fué Bécourt; pero la música de Bécourt, —una contradanza,—fué aplicada por un poeta y cantante callejero Ladré á la letra que tan popular se hizo, sin que en honor de la verdad pueda explicarse este hecho más que por el entusiasmo de aquellos días. Hé aquí su primera estrofa:

¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira
le peuple, en ce jour, sans cesse repéte:
¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira
malgre les mutins, tout reussira.
Nos ennemis confus en restent la;
et nous allons chanter aleluia.
¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira
quand Boileau jadis du clerge parla
comme un prophete il á predit cela.
En chantant ma chansonnette
avec plaisir on dira,
¡Ah ça ira, ça ira, ça ira
malgre les mutins tout reussira.

La canción iba, sin embargo, dirigida contra la aristocracia, pero aún no había sonado para ella la hora de las amenazas de muerte, así aún no se cantaba como en 1793.

¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira
l'aristocrate á la lanterne.

Ahora lo más subversivo de la misma, era esto:

Celui qui s' élève, on l' abassera;
celui qui s' abaisse, on l' élévara.

El rey mismo, arrastrado por la curiosidad, se presentó por la mañana del día 10 al campo de Marte para ver si era verdad lo que se decía de que París entero acudía á preparar el campo de la federación, valiéndole esto una ovación, porque el buen pueblo creyó que su monarca se asociaba con su presencia á sus trabajos, cuando Luis XVI se retiraba con la muerte en el corazón, pues aquel espectáculo había de quitarle la última esperanza de volver al antiguo orden de cosas. Sin embargo,



PACTO FEDERATIVO DE LOS FRANCESES: 14 DE JULIO DE 1793 (De un grabado de la época)